

BARRICADAS

LA calle Avenida Matta, entre Carmen y Lira, no es ya una calle, es una trinchera, o, más propiamente dicho, es una barricada. Las barricadas son las trincheras civiles, ciudadanas. Detrás de las paredes de esta barricada, se ven las cabezas de algunos seres que en otrora habrían parecido tremendos revoltosos, armados de grandes adoquines, dispuestos a defender por la fuerza, algunos de los postulados políticos que llevaron a Chile al borde de la locura, y que ahora no son otra cosa que inofensivos trabajadores ocupados en convertir la calle en una montaña rusa, para darse después el trabajo de dejarla de nuevo lisa, pavimentada.

Atravesar esa barricada en los días de lluvia y barro, es un trabajo bastante violento. Cada uno lo realiza a su modo, poniendo de manifiesto, al hacerlo, las disposiciones físicas que posee o las predilecciones espirituales que lo animan. Aquel que ama el alpinismo y la excursión violenta, atropella contra la gran masa de piedra; no reflexiona en que un golpe le puede costar una pierna o varios dientes. Hay que subir ese cerro de adoquines—se dicen—y lo suben, creyendo que van subiendo la falda del Manquehua o la quebrada de Agua del Palo. Aquellos que aman la acrobacia y el estilo elegante, optan por los rieles; se vienen caminando por ellos, con un brazo extendido y el otro en alto, sujetando el paraguas, con lo cual le dan al espectador una deliciosa visión de equilibrista japonés. Hay otros, de espíritu reflexivo, amantes de “promenades” apacibles, personas eclécticas, que cruzan la barricada displicentemente, caminando ya por los rieles, ya por los adoquines, ya sobre el recién colocado concreto. No tienen prisa y no les importa llegar tarde a la oficina. Tienen un pretexto para atrasarse.

En las recientes lluvias, se formó, frente a la farmacia de la esquina de Carmen, un resbaladero o ventisquero de puro barro. Estaba al lado de la bajada del tranvía, lugar donde los maquinistas y cobradores esperan su tranvía de turno. Esta circunstancia dió al resbaladero un carácter de concurso público de saltos ornamentales. Los empleados de la irreductible Tracción Eléctrica, servían de jurado. Se aplaudían, y hasta creo que se premiaban, las cabriolas que indicasen estilo personal. El vecino de los bajos de mi chalet, llevó un día un par de “skis”, y se ganó una ovación delirante. Desde entonces no se le puede ni hablar; tan orgulloso se ha puesto.

Aparte de su valor deportivo, la barricada ha tenido un uso doméstico imprevisto. Ha servido de pretexto para aquellos maridos que suelen llegar tarde a la casa y a los cuales ya se les había acabado la provisión de disculpas.

—¿Por qué llegas tan tarde, hijo? Son ya las doce de la noche.

—Esa esquina dichosa, hijita.

Dicen que el camino del progreso es doloroso; lo creo. Hay más de un machucón y más de un traje embarrado que lo prueban.

—Esta calle está re-mala—decía una señora.

—Pero “pa” la acrobacia está re-buena—contestó otra.